

*Después de la brama*

## EL AÑEJO MANNLICHER

POR CARLOS M. PERONI

**El furor de la brama y la visita masiva de cazadores ya habían pasado. Pero la calma y un viejo Mannlicher Schoenauer que esperaba por su dueño se combinaron para no resistir la tentación cuando alguien dijo: “Vi un macho que me pareció muy bueno”.**

Por extraño que le parezca al lector, rara vez quienes manejamos comercialmente campos de caza nos dejamos llevar por nuestra propia pasión venatoria y decidimos cazar en nuestro establecimiento.

Había pasado la brama. Una brama con tiempo

do el rececho. Pero al final pudieron cazar colorados y algún lindo ciervo dama. Nos quedamos solos con mi hermano Nicolás, etiquetando las cabezas y ordenando los equipos. En un rincón del armero estaba el viejo Mannlicher Schoenauer fabricado en el año 1950 y con una mira Kahles



llovioso. Y en el mes de marzo e inicios de abril se habían podido obtener buenos trofeos de ciervo colorado.

Ya era casi fin del mes de abril, pasada la Semana Santa, y se fueron yendo los últimos cazadores que de brama habían escuchado poco. Y para colmo, la persistente llovizna les había complica-

do época, propiedad de mi amigo Emilio Dickmann. Era en calibre 7X64, que según su dueño resultaba algo así como la verdad revelada. En sus palabras: “Es un 270 que tira 173 grains o un 30'06 con trayectoria mas tendida” (en rifles le gustan las cosas viejas... en otras cosas no sé). Y me lo dejó para que lo probara. Pero la



que después de dejar la camioneta dimos un rodeo bastante largo para llegar con el viento bien al lugar donde teóricamente estaría el ciervo. Todo el tiempo me iba repitiendo tipo estribillo que “el gatillo de atrás monta al de adelante”, falta de hábito de este sistema de doble gatillo tan popular en armas de origen europeo.

Ya la luz se iba escondiendo detrás de los caldenes con un sol rojo que en el cielo nublado producía un paisaje digno de una postal.

Y en esa media luz

brama había pasado y seguramente los machos se habrían refugiado en lo más espeso y fachinoso del monte.

Eran como la seis de la tarde y estábamos tomando unos mates con mi hermano cuando el ruido familiar de la camioneta Ford del puestero del fondo (más ruido de la carrocería que del Perkins) nos llamó la atención. Pasaron unos breves instantes y el personaje en cuestión, apodado El Chueco, se apersonó para contarnos que a la tarde, cuando había ido a revisar los alambres, vio un macho que le pareció muy bueno. También nos dijo que lo tenía visto desde fines de febrero. Era ya medio tarde como pare encarar una cacería, pero el entusiasmo a veces supera a la razón. Así que me puse las botas, tomé el 7X64 y nos dirigimos al fondo. El viento soplabo mal, por lo

fuiamos caminando con cuidado para intentar ver al ciervo.

Un tropel a nuestra izquierda no sorprendió y observamos corriendo debajo de la loma a un vareto y cuatro hembras que seguramente habrían escuchado la rotura de alguna rama al pisarla, ya que el viento estaba bien. Se hizo la noche y del macho nada, una larga hora y media hasta llegar a la camioneta y emprender el regreso al lodge. Pero la avispa de la caza ya había picado y clavado bien su aguijón. Así que después de cenar decidí levantarme antes del amanecer y volver a esa parte del monte.

A las 5:30 de la mañana ya estaba en pie, poniéndome las polainas para defender las piernas del tormento de los abrojos. Intenté, sin éxito, despertar a Nicolás, que siguió durmiendo. Un

desayuno rápido y al monte. Otra vez repitiéndome que “el gatillo de atrás monta al de adelante”. El viento que a la noche parecía firme, ahora había rotado al este y así lo mostraban las aspas del molino. Me llegué al monte y esperé unos minutos, siempre probando el viento con la talquera. Crucé el alambrado para recorrer un lote limpio de unas 25 hectáreas que estaba antes del monte. La claridad ya iba invadiendo el cielo. Y con la llegada de la luz, el canto de los pájaros y los mugidos de la hacienda del campo vecino se dejaban oír. Me acerqué al borde del monte. Y otra vez comprobé que el viento no había cambiado. Con cuidado y aprovechando algunos claros, me fui adentrando despacio y siempre mirando con los binoculares. En la planicie que seguía a la loma corrían seis ñandúes, vaya uno a saber qué los habría asustado. Bajé la loma, siempre atento al viento y mirando permanentemente con los binoculares. A unos 500 metros había otra mancha de monte



y se podía ver un borrón rojizo. ¿Sería el ciervo que buscaba? Me fui acercando despacio, usando siempre el resguardo de alguna planta. Así llegué a unos 200 metros. Y ahí fue cuando salió una cierva adulta con su cría de año. Esperé un rato tras un tronco quemado, pero del ciervo nada.

Miré el reloj y ya eran casi las 10 de la mañana, por lo que volví a la camioneta, siempre atento. Pero nada ocurrió.

Almorcé liviano un poco de los tallarines con tucú que había preparado Mónica, la encargada del catering, y me recosté un rato. A las 16:30 me levanté y emprendí un nuevo intento. Llegué al cuadro poco después de las 17. Y como ocurre muchas veces, el viento había cambiado su dirección. Otra vez a dar la vuelta pasando por el salitral. Subí la loma y me adentré en el monte, no sin antes ver un grupo de ciervas que corría junto con un macho de dama blanco. Despacio entré en el monte y me encontré frente a una mancha muy cerrada, que me dificultaría pasar por un lado. Y de hacerlo, con seguridad el ruido producido espantaría a todo lo que allí se hubiera refugiado. Así que comencé a rodearla. La luz de la tarde se iba apagando, y me llevó buena parte de una hora bordear esa maleza. Hacia abajo el monte se veía más limpio, como para caminarlo con tranquilidad.

No habría hecho ni 500 metros cuando de nuevo vi no una, sino dos manchas rojizas detrás de unos chañares. ¿Sería otra cierva? Revisé otra vez el viento y subí una bala a la recámara, sin dejar de repetirme “el gatillo de...”.

Estaba a 377 metros, así lo decía el telémetro. Por lo tanto decidí, despacio, ir acortando distancia, siempre con cuidado para poder ver bien de qué se trataba.

Habría avanzado unos 100 metros cuando, observando con los binoculares, pude ver una corona de varias puntas largas asomando por encima de unas jarillas.

Quien caza sabe de la emoción que precede a la obtención de la presa. Yo también lo sé, pero el corazón traiciona y las palpitaciones aumentan. Pude hacer unos 50 metros más y algo pasó. Un cambio fugaz del viento y el ciervo y un seis

puntas que lo acompañaba salieron del monte al trote. Rápido me pude apoyar en la horqueta de un caldén y le apunté al macho al filo del pecho. Monté el gatillo y apreté suavemente la cola del disparador delantero. Ni sentí el retroceso y llegué a escuchar el impacto al tiempo que el ciervo trastabillaba, se caía y se volvía a levantar para internarse en el monte vecino. Ruido de ramas, y después silencio... Esperé los 10 minutos reglamentarios que parecen 10 horas, siempre tratando de controlar la ansiedad. Con cuidado y el rifle preparado para disparar nuevamente si fuese necesario, me llegué hasta el sitio donde el ciervo había caído. Unas gotas de sangre marcaban el lugar. Seguí el rastro que iba hacia adentro, para encontrarlo a escasos 50 metros, en el medio de un fachinal. Sacarlo de allí yo solo hubiera resultado difícil. Así que

opté por marcar bien el lugar con una tiras de ese papel que viene en rollos de 74 metros y siempre hay que tener. Y me fui hacia la camioneta. El Chueco, que había escuchado el disparo, ya estaba ahí. Acercamos el rodado todo lo que fue posible y entre los dos lo cargamos en la caja. Un trago de la petaca con Famous Grouse hizo la veces de festejo.

Llegué al lodge y al otro día temprano limpié el viejo Mannlicher que está todavía en el armero esperando que su dueño, ahora en marzo, le haga algún otro tiro. **VS.**



Opiná, comentá, participá en nuestro facebook.com / Revista "Vida Salvaje"